

Documento 1

Leo Lionni y el origen de un clásico infantil

Entonces sucedió un pequeño milagro. Fue el día que tenía que llevar a mis nietos, Pippo y Annie, a Greenwich, para que Nora y Naomi pudieran quedarse a hacer unas compras en la ciudad y volver a casa más tarde en tren. Pippo tenía cinco años y Annie, tres. Hacían una pareja de niños adorables, espabilados, alegres y totalmente desinhibidos. Era la primera vez que me quedaba solo con ellos, pero, como los intimidaba el hecho de no estar en su entorno habitual y la situación era bastante excepcional, se portaron muy bien. Se metieron en el taxi a la primera y los guie a través de la multitud de Grand Central Station sin ningún problema. Llegamos temprano y el vagón del tren estaba casi vacío; en cuestión de segundos, aquellos angelitos se convirtieron en dos pequeños acróbatas diabólicos que brincaban de un asiento a otro. Cuando apareció el revisor, aproveché que se habían quedado quietos un momento para agarrarlos y lan-

La historia que cuenta aquí Leo Lionni debió de tener lugar en algún momento de 1959. Por entonces tendría 49 años de edad (un abuelo joven, sin duda). Nora era su esposa y Naomi, su nuera, la madre de Pippo y Annie, a quienes está dedicado (a ellos y a «todos los niños») *Pequeño Azul y Pequeño Amarillo*. Aunque Lionni había nacido en Amsterdam, en ese momento trabajaba como diseñador gráfico para una empresa de publicidad en Nueva York.

zarlos al asiento que había frente al mío. El tren empezó a llenarse de gente y me di cuenta de que, como no se me ocurriera algo rápido, el viaje iba a ser una auténtica pesadilla.

2
—
Abrí el maletín rápidamente, saqué un ejemplar de promoción de la revista Life, les enseñé a los niños la portada e intenté hacer comentarios graciosos sobre cada anuncio mientras iba pasando las páginas. Al ver una que tenía un diseño azul, amarilllo y verde, tuve una idea.

—Esperad —dije—, os voy a contar un cuento. —Arranqué la página de la revista y la rompí en pedacitos. Los niños me observaban expectantes. Cogí un trozo de papel azul y lo rompí en discos pequeños. Después, hice lo mismo con los trozos de papel amarillo y verde. Me puse el maletín sobre las rodillas para hacer una mesa y dije, con voz grave:

—Este es Pequeño Azul y este es Pequeño Amarillo —mientras ponía las piezas redondas de papel de color sobre el escenario de cuero.

Entonces, improvisé una historia sobre los dos colores, Pequeño Azul y Pequeño Amarillo, dos amigos íntimos que se habían ido juntos de paseo. Jugando al escondite en el bosque, se perdieron de vista el uno al otro. Desesperados, se buscaron por todas partes..., en vano. De repente, se reencontraron detrás del árbol más grande del bosque y se dieron un abrazo de alegría; al abrazarse, se convirtieron en Pequeño Verde. Los niños estaban completamente absortos y me di

Obviamente, Lionni, cuando habla de «ese público», se refiere a los empleados de la bolsa de Nueva York, que se desplazan tras su jornada en Wall Street en el mismo tren que él y sus nietos.

cuenta de que los pasajeros que estaban sentados a nuestro alrededor habían dejado de leer el periódico para escuchar la historia. En un guiño a ese público, hice que Pequeño Verde fuera a la Bolsa, donde perdió todo su dinero, se deshizo en lágrimas amarillas y en lágrimas azules..., hasta volver a convertirse en Pequeño Azul y Pequeño Amarillo. Entonces, sus acciones bursátiles subieron doce puntos. Los niños aplaudieron y algunos de los demás pasajeros lo hicieron también.

Cuando llegamos a casa, llevé a los niños al estudio y les enseñé cómo convertir una idea en un libro de verdad. Encontré una maqueta de revista en blanco que había hecho unos años atrás para una publicidad de *Fortune* que nunca llegó a ver la luz, tomé algunas hojas de papel de color, encendí la radio y me senté en el escritorio. Probé hasta encontrar el tamaño ideal para las manchas de colores, para que fueran lo suficientemente grandes para merecer los papeles protagonistas y lo suficientemente pequeños para tener espacio para moverse. Entonces, encontré las páginas e hice el mismo número de discos de papel azul y amarillo, y la mitad de discos verdes. Utilicé las manos, en lugar de tijeras, porque pensaba que un corte limpio les daría una forma demasiado mecánica para un ser vivo y que un borde rasgado les aportaría mayor vitalidad. Surgió un problema inesperado cuando me di cuenta de lo fácil que era ver las formas redondas como rostros humanos; el lado más rasgado se

convertía en el pelo y cualquier protuberancia parecía una nariz. Por último, volví a contar, más o menos, la misma historia que había improvisado en el tren, pero, esta vez, tuve tiempo para reflexionar un poco más y la diseñé para que no solo narrara la acción, sino para que tuviese un ritmo adecuado y que la historia fluyera desde el principio hasta el final feliz. Jugué con las posiciones de Pequeño Azul y Pequeño Amarillo sobre la página, para sugerir lo que estaban haciendo o cómo se sentían: cuando estaban tristes, estaban en la parte inferior de la página; cuando estaban contentos, arriba. Para presentarlos, los puse en el centro de la página y, cuando estaban buscando, los colocaba en las esquinas o cerca de ellas, como si estuvieran ansiosos por pasar a la siguiente página para seguir buscando. Mientras los estaba colocando y pegando sobre las hojas, me di cuenta de que estaba emulando en forma de cuento los pequeños juegos a los que jugaba durante mis primeras semanas en Ayer, en las que experimenté con cómo las posiciones en el espacio evocaban diferentes estados de ánimo y hasta expresaban significados. A pesar de su corta edad, los niños «leyeron» la historia fácilmente y se quedaron impresionados por sus habilidades, que nunca habían puesto a prueba. Cuando Nora y Naomi llegaron a casa después de su tarde de compras, los niños fueron corriendo a la entrada y las recibieron al grito de:

–¡Hemos hecho un libro! ¡Hemos hecho un libro!

Eso fue un jueves. El viernes, Fabio y Silvana Coen

Cuando el autor habla de Ayer & Son, una de las agencias de publicidad para las que trabajó en Estados Unidos.

vinieron a cenar a casa. Fabio acababa de convertirse en editor de libros infantiles para una editorial nueva: McDowell, Obolensky.

Leo Lionni, *Entre mundos. Una autobiografía*,
Pontevedra, Kalandraka, 2021, pp. 285-287

Traducción de Carlos Heras

Notas al margen del profesor